



LA GLOBALIZACIÓN: DEMANDAS Y DESAFÍOS QUE PLANTEA A LA EDUCACIÓN

Patricio de la Puente Lafoy¹

RESUMEN:

La educación debe utilizar y aprovechar con imaginación las oportunidades que posibilitan los nuevos medios audiovisuales, desarrollando en los estudiantes un repertorio de habilidades y actitudes útiles para los tipos de trabajo requeridos por las tecnologizadas organizaciones de nuestro tiempo, pero el sentido de la función instrumental de la educación debe orientarse, ante todo, a dar respuesta a las necesidades surgidas desde nuestra realidad. La educación no puede ni debe ignorar la realidad de la mega-tendencia globalizadora, pero tampoco debe rendirse acriticamente a sus dictados.

Palabras claves: desafío, globalización, economía, capital, educación.

ABSTRACT:

GLOBALIZATION: DEMANDS AND
CHALLENGES TO EDUCATION

The education must use and take advantage with imagination of the opportunities that make possible the new audio-visual means, developing in the students a useful repertoire of abilities and attitudes for the types of work required by the technologized organizations of our time, but the sense of the instrumental function of education must be oriented first of all in giving answer to the necessities arisen from our reality. Education cannot nor must ignore the reality of the global mega-tendency, but it does not have either to surrender without critic to his dictations.

Key words: challenge, globalization, economy, capital, education.

1. EL PROCESO DE GLOBALIZACIÓN

En nuestros días resulta un lugar común sostener que vivimos en la era de la globalización. Sólo existen discrepancias respecto de cuando este proceso comenzó. Para algunos, éste se remonta a 1492 con el descubrimiento y colonización posterior de América. Otros la ubican hacia el año 1850, en los albores de la Revolución Industrial que se irradió desde Inglaterra a Europa y con el tiempo hacia los Estados Unidos.

Desde un punto de vista histórico, se puede postular que el período comprendido entre 1942 y 1850 constituiría una globalización pre-moderna, en tanto que el lapso que media entre 1850 y 1950 representaría una globalización moderna.

Desde una perspectiva sociológica, resulta más claro situar los inicios del proceso globalizador contemporáneo hacia 1950, a pocos años del término de la Segunda Guerra Mundial y la aprobación de la Carta de las Naciones Unidas por parte de 51 países en la conferencia fundacional de San Francisco, el 26 de junio de 1945.

Utilizando un método analítico, se puede plantear que, inmerso en la mega tendencia globalizadora contemporánea, pueden diferenciarse al menos tres subprocesos, relativamente

¹ De la Puente Lafoy, Patricio, Universidad de Chile, Santiago, Chile.

coetáneos, que se han ido reforzando y entramando entre sí con el transcurso del tiempo sin que sea posible establecer una relación causal entre ellos. Estos subprocesos son la internacionalización, la transnacionalización y la mundialización.

La Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948 aprobó la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y con posterioridad creó organizaciones internacionales especializadas de relevancia mundial como la Corte Internacional de Justicia de La Haya, la UNESCO, la FAO, la UNICEF, la OMS, la OIT, por nombrar algunas; además de agencias para América Latina, como la CEPAL, el ILPES, el CELADE, la FLACSO, el BID, entre otras, orientadas a impulsar el desarrollo socio-económico de los países de la región.

Además, también a partir de la década del 50, se fueron conformando bloques económicos internacionales, como la Comunidad del Acero y el Carbón, que daría paso, años más tarde, a la Comunidad Económica Europea y, ahora, a la Unión Europea; y en nuestro continente a la ALALC (1961), al Pacto Andino (1968), al ALADI (1980), al MERCOSUR de fines de los 90, al CAN, y a toda una creciente red de tratados de libre comercio (TLC) de los que Chile ya ha suscrito 46 con diversos países y bloques de naciones del mundo. Todos ellos dan cuenta de un *proceso de internacionalización* inmerso en la mega tendencia globalizadora, pues han sido los países que, a través de sus gobernantes y diplomáticos, han suscrito acuerdos que han ido creando interdependencias y consolidando dependencias entre los estados, los que renuncian a segmentos de soberanía política y económica en aras de la obtención de futuros y eventuales beneficios, fundamentalmente de carácter comercial, financiero y político.

Simultáneamente con la internacionalización se ha registrado un *proceso de transnacionalización* que se refiere a la continua aparición de empresas que cuentan con mercados que trascienden los límites de los países en los que producen sus bienes y prestan servicios. Mediante ininterrumpidos negocios inter-empresas que se manifiestan en asociaciones estratégicas (*holdings*) o sucesivas fusiones y mega fusiones se van conformando, cada vez más, grandes corporaciones que pasan a estar presentes en casi todo el mundo, intentando tener a la mayor parte de los habitantes del planeta como consumidores o usuarios. De esta manera se ha reforzado la concentración de la riqueza tanto entre los países más desarrollados respecto de los que están en vías de desarrollo como al interior de cada país, mientras las grandes compañías transnacionales disponen de recursos financieros superiores a los que cuenta el conjunto de varios países pobres. Por ejemplo, ya en 1992 las ventas anuales de la Exxon y de la General Motors eran muy superiores al Producto Interno Bruto incluso de países ricos como Dinamarca y Noruega.

La maximización de los beneficios de las empresas transnacionales no conlleva un incremento del empleo. Por el contrario, diseñar e implementar "reingenierías" o "racionalizar" son sinónimos de recortar ocupaciones, midiéndose el progreso empresarial por la "reconversión" de la fuerza de trabajo, el cierre de secciones en países determinados y la reducción del personal. Tal vez ningún integrante de directorios de inversores en empresas que se fusionan aprobaría esta iniciativa si, como producto de ella, se requiriera la contratación de más personal con el consiguiente incremento de costos. En estas grandes corporaciones, se entiende que para lograr su modernización se debe flexibilizar el "factor trabajo" y deshacerse de mano de obra, estando siempre alertas a las oportunidades que puedan surgir

desde cualquier país del mundo, en términos de ser menos riesgoso para sus inversiones y más rentable a corto plazo, el disponer de una mano de obra calificada, barata y dócil.

El capital que, en otro tiempo, estuvo atado al acero y al hormigón de los edificios fabriles y la maquinaria pesada, ahora, con la globalización contemporánea, puede fluir libre y rápidamente a través de la super-carretera de la información hacia cualquier país del orbe que ofrezca una más alta tasa de rentabilidad.

Dentro de este panorama, los puestos de trabajo, como se entendían en otro tiempo, ya no existen. Lograr una ocupación en este tipo de organizaciones no significa que se podrá hacer carrera en ella durante toda una vida laboral. Ya sea que una persona se encuentre en una posición gerencial o subordinada, siempre se debe estar dispuesto a ser despedido.

En la empresa globalizada, el capital soltó la dependencia que lo ataba al trabajo. El crecimiento de las ganancias, de los dividendos y la rentabilidad de los accionistas han pasado a ser autónomos del compromiso de la empresa respecto de sus trabajadores y al lugar en que opera. Así el trabajo se ha tornado episódico, precario y sin perspectivas de futuro.

Pero la mega tendencia de la globalización contemporánea contiene otra arista consistente en la *mundialización*, esto es, la homogeneización de los gustos, preferencias, deseos, aspiraciones y estilos de vida a través de la población del planeta.

Esta dimensión cultural de la globalización está íntimamente vinculada con las dinámicas de la internacionalización y la transnacionalización y con el cambio de época que diversos intelectuales han designado con el prefijo "post" (postindustrial, postmoderno, post-materialismo).

Cabe preguntarse: ¿nos dirigimos hacia una cultura mundial única o si por el contrario con este proceso surgirán más culturas que en cualquier otra época de la humanidad? ¿Nos encaminamos hacia una sociedad y una economía globales, que funcionan como una unidad en tiempo real o si simplemente existirá un mayor intercambio entre las naciones?

Estemos o no en medio de un cambio epocal, como muchos sostienen, de cualquier manera, la tasa de cambio sociocultural es, actualmente, mucho más rápida que en cualquier otra época de la historia. Por ello, intentar predecir el futuro resulta cada vez más aventurado y riesgoso. El futuro se ha tornado opaco y por lo mismo impredecible. Autores como Ulrich Beck y Niklas Luhmann postulan que estamos en la sociedad del riesgo en que la superabundancia de información y las complejas redes de comunicación ponen a la sociedad misma en peligro, en medio de crecientes contradicciones y nuevas fuentes de inseguridad.

Ante este panorama, parece sensato pensar en futuros posibles (en plural), por cuanto estamos en presencia de fuerzas que no operan necesariamente en una misma dirección. Por cierto existe un conjunto de símbolos de consumo universalistas; pero, ellos no han generado identidades culturales ya que no erosionan, con fuerza suficiente, en el imaginario colectivo, tradiciones que se han ido plasmando a través de siglos.

En los primeros años, las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTIC) parecieron barrer con las fronteras nacionales, no obstante, la misma televisión por

cable ha permitido conocer realidades culturales diversas que, por una parte, han atenuado el sentido de la diferencia cultural entre los pueblos, y, por otra, han posibilitado visualizar todo aquello que separa a distintos tipos de comunidades, dando lugar a sombrías perspectivas de choque de civilizaciones o de confrontaciones por pérdida de la identidad cultural. Sin embargo puede sostenerse que, en general, las sociedades locales y nacionales han reinterpretado, a la luz de sus tradiciones autóctonas, parte de los productos o modos de vida foráneos, produciendo culturas más híbridas mediante la convergencia de elementos valóricos globales con los de carácter local en un proceso que Robertson denominó como de *glocalización*.

2. LA EDUCACIÓN EN EL ESCENARIO DE LA GLOBALIZACIÓN CONTEMPORÁNEA

Este escenario provoca enormes desafíos para la educación, la que en la actualidad se encuentra tensionada entre los problemas no resueltos del siglo XX y los retos emergentes del presente siglo.

Por una parte, la familia conyugal ha ido perdiendo importancia como principal agente educativo. En Chile, por ejemplo, un 56% de los niños nacen de uniones de hecho, en tanto el número de matrimonios ha disminuido a la tercera parte en las últimas dos décadas. Más de un tercio de los hogares están constituidos por familias en que la mujer es jefa de hogar y en los que el padre está ausente. Se ha producido una creciente incorporación de la mujer al trabajo remunerado. El número promedio de hijos por familia es de apenas 2.1 por lo que el incremento vegetativo de la población chilena tiende a ser casi nulo, en tanto el número de rupturas matrimoniales se ha duplicado en los últimos 10 años. Todos estos fenómenos no sólo han debilitado a la familia misma sino también a la comunidad escolar en su conjunto.

Además han perdido importancia otros agentes educativos tradicionales importantes, como la religión y la comunidad vecinal que giraba en torno al barrio, en tanto han emergido con fuerza otros derivados de las llamadas Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC).

En el contexto de la globalidad contemporánea, la televisión se ha masificado en los hogares de los países de mediano desarrollo económico como el nuestro. La “nifera electrónica” ha pasado a competir ventajosamente con la escuela pues, según estudios realizados en Chile, en las escuelas en que no se ha implementado la jornada escolar completa un niño permanece más horas diarias recibiendo mensajes de programas de televisión que escuchando las enseñanzas impartidas por un profesor.

Esta cultura de la pantalla basada en la emisión de la imagen, la que según sostuvo alguien “vale más que mil palabras”, parece haber reducido drásticamente el lenguaje y la comprensión de lectura en los jóvenes. Como revelan muchos estudios en este campo, la imagen impacta visualmente, pero sus mensajes no tienden a perdurar en sus receptores.

A la pantalla de televisión se ha agregado la del computador y su conexión a Internet. Este medio ha ido desplazando a la información impresa. Ya en 2002 se estimaba que

existían más de 8 mil millones de páginas electrónicas en la Web, y si se incluyen las bases de datos conectadas, las páginas dinámicas y los sitios Intranet se reúnan 550 mil millones de páginas o documentos, 95% de ellos públicamente accesibles. Todo ello sin contabilizar los millones de blogs que han surgido en los últimos años.

Se sostiene además que vivimos en una sociedad de la información. En realidad, sería más apropiado decir “de la sobre-información” o de la “saturación de la información”. Uno de los problemas que este fenómeno plantea, junto con una accesibilidad equitativa a la Web, consiste precisamente en cómo seleccionar la super abundancia de información, evaluarla, interpretarla y usarla en términos de conocimiento. La escuela ya no es el punto focal de la información y del conocimiento para las nuevas generaciones, debiendo coexistir con la Televisión y el Internet, sobre cuyo uso se espera que, ella misma informe y enseñe. De esta manera, el modo de producir educación propia del siglo XX va quedando sobrepasado y demanda ser replanteado.

Es claro que el sistema educacional en el escenario de la globalización contemporánea no puede permanecer operando bajo las mismas lógicas de antaño. Pero, esto no significa que será afectado sólo por las innovaciones tecnológicas en curso, pues este tipo de razonamiento sería absolutamente reduccionista. Si siguiéramos esta lógica, cabría preguntarse, por ejemplo, si los establecimientos educacionales que han incorporado los nuevos mecanismos de gestión automatizados son necesariamente mejores que los que no lo han hecho; o si los planteles que disponen de más aparatos de computación en el aula ofrecen siempre una mejor calidad de la educación que imparten, respecto de aquéllos que tienen menos.

Pienso que existe una tendencia a confundir medios con resultados. Por muy potentes y avanzados que sean los computadores, siempre constituirán instrumentos para la enseñanza. Los nuevos medios audiovisuales continuarán siendo eso, “medios”, y no podrán sustituir el rol esencial de los profesores que tengan una formación docente sólida.

Además, el proceso educativo no sólo persigue fines instrumentales en términos de propender la capacitación laboral. Trasciende a ello la indispensable formación en valores, como la responsabilidad personal, la autodisciplina, la valoración del trabajo bien hecho, la cultura física –que conlleva la práctica del “fair play”–, el respeto a la dignidad del otro (incluyendo la de los ancianos, minusválidos, minorías y pobres), el conocimiento y valoración de nuestras tradiciones, la formación en historia y cultura cívica, la autoconciencia de los derechos humanos, el cuidado del medio ambiente, entre otros temas.

En suma, pensamos que en un contexto en que los agentes de socialización de otrora se debilitan, la educación tiene una misión más decisiva que nunca en el logro de la convivencia democrática, la solidaridad, la cohesión y la integración social.